

IV

LE CARDINAL DE QUIÑONES ET LA SAINTE-LIGUE (1)

Una eminente figura histórica y un estudio interesantísimo sobre ella no es suceso de que con frecuencia se pueda dar cuenta.

Por esto yo me complazco en cumplir el encargo que nuestro dignísimo Director me dió de examinar la obra del Sr. Marqués de Alcedo, cuyo título encabeza estas líneas.

«Admirando un día, escribe el autor, el retrato del Cardenal de Quiñones, pintado por Ticiano, que posee mi hermano, me manifestó su sentimiento por saber tan poco de la vida y de la fisonomía moral de nuestro antecesor. Los historiadores, si bien mencionan la parte principalísima que tuvo en la libertad de Clemente VII y en las negociaciones que concluyeron en el tratado de Barcelona, no son ciertamente pródigos de noticias relativas á su persona. Ocurrióseme entonces aprovechar mi conocimiento de la lengua italiana y mis frecuentes estancias en Roma, donde el Cardenal pasó gran parte de su vida, para ensayar, con ayuda de algunos papeles de familia, la reconstitución de sus más esenciales líneas.» Puso el Marqués manos á su obra con entusiasmo y cariño; investigó con afán la biblioteca y los archivos del Vaticano, el general y riquísimo de Simancas, y otros centros literarios, y aprovechando con fruto lo publicado por el Sr. Gayangos y otros antiguos y modernos historiógrafos, logró en breve reunir materiales abundantes y escogidos para el monumento que proyectaba, no tantos sin embargo, añade con modestia, como hubiese deseado para dar á su estudio todo el color y el relieve que él hubiese deseado.

Puede ciertamente estar satisfecho de su obra el señor mar-

(1) Un vol. en 8.º, de xxvii-338 págs., ilustrado con tres grabados, uno de ellos el retrato del Cardenal, y dos facsímiles. Bayonne, 1910. Con un prefacio, escrito por el Sr. Conde de la Viñaza.

qués de Alcedo, como lo estamos todos sus lectores y los devotísimos á aquel glorioso y memorable período histórico, al que ha aportado puntos de vista y datos completamente nuevos. Una sumaria idea, porque otra cosa no es aquí posible, de la grandeza del personaje, probará á su vez la magnitud de la obra, y los importantes servicios prestados por él al catolicismo, á España y al Emperador Carlos V.

Francisco de Quiñones nació en León en 1485, de la ilustre familia del defensor del *Paso Honroso*. Fué hijo de Diego Hernández de Quiñones, primer Conde de Luna, y de su mujer Doña Juana Enríquez, que lo era de D. Enrique Enríquez, primer Conde de Alba de Liste. Según costumbre de aquellos tiempos, el joven Francisco, apenas salido de la infancia, debía entrar de doncel en la casa de algún alto personaje para perfeccionar su educación, adiestrarse en el manejo de las armas y otros ejercicios físicos y caballerescos. Pero lejos de participar del espíritu guerrero y turbulento, tan característico en su familia, atraíanle secretamente su dulce genio y sus tendencias religiosas á la piedad y al estudio, viéndose obligados sus padres á colocarle al servicio de un príncipe de la Iglesia, que lo fué el célebre Cardenal Cisneros, arzobispo de Toledo. Gozaban los predecesores de este prelado cuantiosas rentas y rivalizaban en lujo con los más fastuosos señores de la Corte; pero la austeridad de Cisneros, lejos de seguir tal ejemplo, no alteró en nada sus costumbres monacales. Cuantos esfuerzos hizo la Reina Católica para modificar su vida exterior, resultaron inútiles. Con júbilo adoptó Quiñones este ejemplo de ascetismo y de austeridad, fortificando además su vocación religiosa. Renunciando á los títulos nobiliarios y riquezas que le correspondían por justo derecho, marchó de España á la edad de diez y seis años, estableciéndose en Roma para estudiar teología. Decidido allí á tomar estado religioso, eligió como Cisneros la severa orden de San Francisco; entró de novicio en el monasterio de Santa María de los Angeles, y terminados sus estudios teológicos, vistió el hábito de la Orden, adoptando el nombre de Fr. Francisco de los Angeles. Tanto se distinguió por sus virtudes, talento y prudencia suma que no tardaron sus

superiores en confiarle misiones delicadas y difíciles, que desempeñó con el mayor acierto.

Desde 1521 se le ve tomar parte, con el P. Loaysa, General de los dominicos, en las negociaciones emprendidas para reducir á la obediencia del Rey Carlos á los comuneros. Por este tiempo también las heroicas conquistas de Hernán Cortés, abrían á la Iglesia vasto campo de evangelización. Cuando aquel famoso capitán escribió al Emperador solicitando que se enviasen á Méjico virtuosos prelados y monjes, se confió á Fr. Francisco de los Angeles el cuidado de organizar la misión. Fué con este motivo á Roma para recibir del Pontífice León X las debidas instrucciones; le recibió S. S. benévolamente, y en breve fechado el 23 de Abril de 1521, dirigido á Quiñones y al flamenco Padre Glapión, que debía acompañarle á América, le otorgó todos los privilegios y dispensas que solicitaron y amplias facultades espirituales, no sólo para los nuevos países descubiertos, sino para todos los Estados del Emperador. No fué dado á estos dos piadosos hermanos en religión realizar sus propósitos en el Nuevo Mundo. Glapión murió súbitamente en Valladolid, y Quiñones fué elegido General de los franciscanos en el capítulo celebrado en Burgos en 1522. Obligado por este acto á llenar otros deberes, recorrió diferentes provincias en visita de inspección de los monasterios de su Orden, velando en todas partes por la observancia de la disciplina é implantando utilísimas reformas. Por su reputación de santidad le eligió el Emperador para su confesor en 1523, y en el mismo año le encargó de las cartas é instrucciones secretas para su hermano el archiduque Fernando, que á la sazón gobernaba la Alemania y para el Papa Clemente VII, concertándose con ellos para refrenar y combatir la herejía luterana cada día más pujante.

En esta primera misión diplomática conquistó la confianza del Papa, que conservó toda su vida. Después de haber regresado á España para dar cuenta á Carlos V de su negociación, resolvió, á pesar de las instancias del soberano, dejar definitivamente su patria, volviendo de nuevo á Roma en 1525, y residiendo en el monasterio de Araceli, que era de su Orden.

No cesaron por esta causa las relaciones del Emperador con el General franciscano; antes por el contrario, en continua correspondencia con él, le confirió nuevas misiones diplomáticas, para restablecer la alianza y buena amistad con Clemente VII, que secretamente primero y públicamente luego, negociaba con sus enemigos.

Es indecible lo que trabajó nuestro personaje para conseguir la unión del jefe de la Iglesia con el monarca católico. Nos llevaría muy lejos de nuestro propósito el tratar de las causas que se opusieron por largo tiempo á su santo y justo intento. La versatilidad de Clemente VII fué sin duda la principal.

Ni la entrada de las tropas de Hugo de Moncada en Roma, ni después en 1527 la aproximación del ejército cesáreo á la misma ciudad; ni en fin, el asalto y saco de ella le apartaron más que momentáneamente de su política anti-imperial, vacilante é inquieta. Los viajes, fatigas y grandes esfuerzos que en esta ocasión sufrió Fr. Francisco de los Angeles, fueron tan complicados como imponderables. Por fin el Papa capituló y salió disfrazado de Roma.

Rehusa después ser embajador cesáreo, y presenta al Papa la dimisión de su cargo de General de los franciscanos, que la aceptó, autorizándole por medio de un breve, fechado en 4 de Diciembre, á designar su sucesor interinamente hasta la reunión del próximo capítulo general. Vuelto á Roma, el Pontífice le nombró Cardenal con el título de Santa Cruz á primeros de Octubre de 1529, aprobando Carlos V tan acertado nombramiento, y para que el purpurado mantuviese su rango como era debido, le dió el obispado de Coria.

Conseguida al fin por Quiñones la reconciliación del Papa con el Emperador, trabajó sin descanso en sostenerla y afirmarla, oponiéndose también con todas fuerzas al divorcio del Rey de Inglaterra; y negociando la venida á Italia de Carlos V fué Quiñones uno de los legados escogidos para recibirle, y uno de los que asistieron á su coronación, no sin haber sufrido en el viaje el tremendo desacato de haber sido hecho prisionero y despojado de cuanto llevaba por el aventurero Napoleón Orsini.

El tratado de Cambrai y la coronación de Carlos V dieron siquiera fuera momentáneamente, la paz á Italia. Restablecido en ella Quiñones y nombrado sucesivamente protector del Orden de Menores y del Monte de Piedad por un decreto de Paulo III de 11 de Septiembre de 1539, creado este instituto para combatir la usura, el Cardenal dividió en adelante su tiempo entre los deberes de estos y otros cargos análogos y los estudios teológicos y filosóficos, á los que tan aficionado era. Clemente VII, conociendo la ortodoxia de su doctrina, le encargó la redacción de un nuevo Breviario, empresa literaria que llevó á cabo con elegancia de estilo y concisión, saliendo á luz en 1535, precedido de una dedicatoria á Paulo III, que lo aprobó.

El *Breviarium Romanum* fué adoptado con entusiasmo por gran número de religiosos y buena parté del clero, haciéndose de él en espacio de cuarenta años tres ediciones en Roma y Venecia, tres en París y seis en Lyon. Entre otras obras, hoy perdidas ú olvidadas del Cardenal, son dignas de mención la *Compilatio omnium privilegiorum Minoribus concessorum*, y la *Regula ordinis Sancti monialium B. Virginis Conceptæ*.

Todavía dos años antes de su muerte fué enviado Quiñones á Alemania por Paulo III como legado. Quebrantada su salud con frecuentes mortificaciones, sometido siempre al espíritu de su Orden, viajando con los pies desnudos y apoyado en su bastón, conservando su austeridad y frugalidad con la misma rigidez que Cisneros, falleció en Veroli, ciudad de Campania, rodeado de sabios y de teólogos, que mantenía á sus expensas, el 27 de Octubre de 1540, á los sesenta y cinco años de edad. Su cuerpo fué transportado á Santa Croce, y sus entrañas, depositadas en una urna, quedaron en la catedral de Veroli.

Tal es en brevísimo resumen la vida del insigne cardenal Quiñones, modelo de virtudes y de eminentes patricios. Me complazco en hacer constar el notable servicio que á la historia patria ha prestado el señor marqués de Alcedo, realzando tan magnífica figura en un libro tan erudito como ameno, é ilustrándolo con copioso Apéndice de interesantes y desconocidos documentos. Es por tanto digno de los plácemes de la Academia y de

servir su obra de estímulo á tantos magnates que conservan en sus aposentos y archivos gloriosos recuerdos de sus antepasados.

A. RODRÍGUEZ VILLA.

V

LLAVE ANTIGUA DE HIERRO CON INSCRIPCIÓN ÁRABE,
EXISTENTE EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.

Bien sabido es que en la Catedral de Sevilla se conserva una llave de hierro en cuyo paletón hay calada una artística combinación de letras árabes. Discrepan notablemente entre sí las diversas interpretaciones propuestas para estas letras, y con el intento de buscar explicación para tal divergencia, he obtenido del eminente Arquitecto D. Adolfo Fernández Casanova que me proporcione de tan curiosa antigualla un primoroso vaciado que tengo el honor de ofrecer á la Academia.

El examen atento del vaciado hace ver que hay en la composición del dibujo muchos más trazos que letras. De aquellos, unos sirven para dar firmeza al conjunto, otros para disminuir la extensión superficial de los huecos. Descartando estos elementos inútiles y teniendo en cuenta algunos pequeños desperfectos, resulta el sencillo y conocido lema, estampado por los almohades en sus monedas.

الامر كله لله

El imperio todo es de Dios.

Para dar mayor elegancia á su obra, el artista dispuso las letras mayores en esta forma

الله